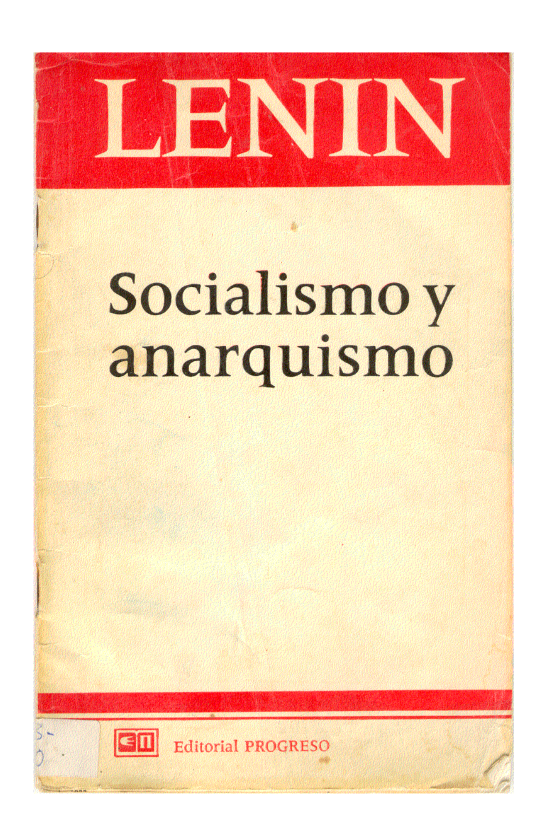
Socialismo y Anarquismo

V.I. Lenin

Índice



Nota de la editorial: Las obras recopiladas en el presente folleto han sido traducidas de la 5ª edición de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS. Los tomos y las páginas correspondientes están indicados al final de cada trabajo.

Anarquismo y socialismo

Tesis:

1) El anarquismo, en 35-40 años (Bakunin y *la Internacional*[1] 1866-) de existencia (y con Stirner muchos más años), no ha dado nada, excepto frases generales contra *la explotación*. Estas frases están en uso desde hace más de 2.000 años. Falta a) comprensión de *las causas* de la explotación; b) compresión del *desarrollo* de la sociedad, que conduce al socialismo, y c) comprensión de *la lucha de las clases* como fuerza creadora de la realización del socialismo.

2) Comprensión de *l a s c a u s a s* de la explotación. La propiedad *privada* como base de la economía *mercantil*. La propiedad social de los medios de producción. *Nil*[2] en el anarquismo. El anarquismo es *el individualismo* burgués a la inversa. El individualismo como base de toda la concepción del mundo del anarquismo.

→ Defensa de la pequeña propiedad y de *la pequeña hacienda* en la tierra

→ *Keine Majorität*[3]

→Negación de la fuerza unificadora y organizadora del poder.

3) Incomprensión del desarrollo de la sociedad –papel de la gran producción-transformación del capitalismo en socialismo. (El anarquismo es fruto de *la desesperación*. Es la sicología del intelectual descarriado o del elemento desclasado, pero no del proletario.)

4) Incomprensión de la lucha *de clase* del proletariado.

Negación absurda de la política en la sociedad burguesa. Incomprensión del papel de la organización y de la educación de los obreros. Panaceas compuestas de remedios unilaterales, sin conexión.

5) ¿Qué ha dado el anarquismo, dominante en otros tiempos en los países latinos, en la historia contemporánea de Europa?

- Ninguna doctrina, ninguna enseñanza revolucionaria, ninguna teoría.
- División del movimiento obrero.
- *Fiasco* completo en las experiencias del movimiento revolucionario (el proudhonismo en 1871,el bakuninismo en 1873[4]).
- Subordinación de la clase obrera a la política *b u r g u e s a* bajo la apariencia de negación de la política.

T. 5, págs 377-378

Escrito en 1901
Publicado por vez primera en 1936, en el nº7 de la revista Proletárskaya Revoliutsia.

Del trabajo *"ACERCA DEL GOBIERNO PROVISIONAL REVOLUCIONARIO"*

Artículo segundo

¿Sólo desde abajo o desde abajo y desde arriba?

En el artículo anterior, al analizar la referencia histórica de Plejánov, hacíamos ver que éste saca sin fundamento alguno conclusiones generales y de principio apoyándose en unas palabras de Marx que se refieren por completo y exclusivamente a la situación concreta de Alemania en 1850. Esta situación concreta explica perfectamente el motivo de que Marx no plantease ni pudiera plantear entonces el problema de la participación de la Liga de los Comunistas en un gobierno provisional revolucionario. Ahora pasaremos a examinar el problema general y de principio de si esa participación es admisible.

Lo primero de todo, hace falta plantear exactamente el problema objeto de la controversia. Afortunadamente, en este sentido podemos aprovechar una de las fórmulas dadas por nuestros contradictores, para evitar así las disputas acerca del fondo del asunto. En el nº93 de *Iskra*[5] se dice: "El mejor camino para esa organización (para la organización del proletariado en un partido de oposición al Estado democrático burgués) es el del desarrollo de la revolución burguesa *desde abajo* (la cursiva es de *Iskra*), mediante la presión del proletariado sobre la democracia que se encuentra en el poder". Y más adelante, refiriéndose a *Vperiod*[6], añade que éste "quiere que la presión del proletariado sobre la revolución no sea sólo "desde abajo", que no sea únicamente desde la calle, sino también desde arriba, desde los aposentos del gobierno provisional".

Por tanto, el problema está planteado claramente. *Iskra* quiere la presión desde abajo; *Vperiod* la quiere "no sólo desde abajo, sino también desde arriba". La presión desde abajo es la que los ciudadanos ejercen sobre el gobierno revolucionario. La presión desde arriba es la que el gobierno revolucionario ejerce sobre los ciudadanos. Los unos *limitan* su actividad a la presión desde abajo. Los otros no se muestran conformes con tal limitación y piden que la presión desde abajo *se complemente* con la presión desde arriba. La discusión se concentra, pues, en la interrogante que nosotros hemos tomado como título: ¿sólo desde abajo o desde abajo y desde arriba? Desde el punto de vista de los principios, dicen los unos, para el proletariado no es admisible que, en la época de la revolución democrática, se ejerza presión desde arriba, "desde los aposentos del gobierno provisional". Desde el punto de vista de los principios, dicen los otros, no puede admitirse que, en la época de la revolución democrática, el proletariado renuncie incondicionalmente a la presión desde arriba, a la participación en el gobierno provisional revolucionario. No se trata, pues, de si, en una coyuntura concreta, atendida una determinada correlación de fuerzas, es probable y realizable la presión desde arriba. No, nosotros no examinamos ahora en absoluto ninguna situación concreta, y, atendidos los repetidos intentos de suplantar un problema en litigio por otro, pedimos encarecidamente al lector que lo tenga en cuenta. Ante nosotros figura el problema general de principio de si *es admisible* el paso de la presión desde abajo a la presión desde arriba en la época de la revolución democrática.

A fin de aclarar el problema, acudiremos lo primero de todo a la historia de las opiniones tácticas de los fundadores del socialismo científico. ¿Hay en esta historia alguna discusión precisamente acerca del problema general de si es admisible la presión

desde arriba? Sí que la hay. De motivo para ella sirvió la insurrección española del verano de 1873. Engels analizó las lecciones que el proletariado socialista debía extraer de este levantamiento en el artículo *Los bakuninistas en acción*, publicado en 1873 en el periódico socialdemócrata *Volksstaat* y reimpreso en 1894 en el folleto *Internationales aus dem Volksstaat*[7]. Veamos las conclusiones generales a que Engels llegaba.

El 9 de febrero de 1873, el rey de España, Amadeo, abdicó. "Fue el primer rey huelguista", ironiza Engels. El 12 de febrero fue proclamada la República. Inmediatamente, estalló en las Provincias Vascongadas un levantamiento carlista[8]. El 10 de abril fue elegida una Asamblea Constituyente, que el 8 de junio proclamó la República federal. El 11 de junio se constituyó un nuevo ministerio bajo la presidencia de Pi i Margall. Los republicanos extremistas, los llamados intransigentes, no fueron incluidos en la comisión encargada de redactar el proyecto de Constitución. Y cuando el 3 de julio la nueva Constitución fue proclamada, los intransigentes se sublevaron. Del 5 al 11 de julio triunfaron en Sevilla, Granada, Alcoy, Valencia y otros puntos. El Gobierno de Salmerón, formado después de la dimisión de Pi i Margall, lanzó la fuerza militar contra las provincias insurreccionadas. El levantamiento fue vencido tras una resistencia más o menos tenaz: Cádiz cayó el 26 de julio de 1873; Cartagena, el 11 de enero de 1874. Tales son, resumidos, los datos cronológicos que Engels cita antes de su exposición.

Al analizar las lecciones del acontecimiento, Engels subraya en primer lugar que la lucha por la República no era ni podía ser en España la lucha por la revolución socialista. "España –dice él- es un país muy atrasado industrialmente y, por lo tanto, no puede hablarse aún de una emancipación *inmediata* y completa de la clase obrera. Antes de esto, España tiene que pasar por varias etapas previas de desarrollo y quitar de en medio toda una serie de obstáculos. La República brindaba la ocasión para acortar en lo posible estas etapas previas y para barrer rápidamente estos obstáculos. Pero esta ocasión sólo podía aprovecharse mediante la intervención *política* activa de la clase obrera española. La masa obrera lo sentía así; en todas partes presionaba para que se interviniese en los acontecimientos, para que se aprovechase la ocasión de actuar en vez de dejar a las clases poseedoras el campo libre para la acción y para las intrigas, como se había hecho hasta entonces".

Así pues, se trataba de luchar por la República, de una revolución democrática, y no de una revolución socialista. El problema de la intervención de los obreros en los acontecimientos se planteaba entonces de dos formas: por un lado, los bakuninistas (o "aliancistas", fundadores de la "Alianza" para la lucha contra la "Internacional" marxista) negaban la actuación política, la participación en las elecciones, etc. Por otro lado, eran contrarios a sumarse a una revolución que no persiguiese la emancipación completa e inmediata de la clase obrera; eran contrarios a participar en le gobierno revolucionario. Y este último aspecto de la cuestión es lo que para nosotros ofrece interés particular desde el punto de vista del problema que debatimos. Este aspecto de la cuestión es lo que, entre otras cosas, dio motivos para formular la diferencia de *principios* entre las dos consignas tácticas.

"Los bakuninistas –dice Engels- habían venido predicando durante muchos años que *toda acción revolucionaria de arriba a abajo era perniciosa y que todo debía organizarse y llevarse a cabo de abajo a arriba*".

Así pues, el principio "sólo desde abajo" es un principio *anarquista*.

Engels señala el gran absurdo que significa este principio en la época de la revolución democrática. De él se desprende, como algo natural e inevitable, la conclusión práctica de que la instauración de gobiernos revolucionarios es una traición a la clase obrera. Y a esa conclusión llegaron precisamente los bakuninistas, al proclamar en calidad de principio que "*la instauración de un Gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera*".

Según ve el lector, ante nosotros tenemos precisamente los dos "principios" hasta los cuales ha descendido también la nueva *Iskra*, o sea: 1) únicamente se puede admitir la acción revolucionaria desde abajo, en contraposición a la táctica de "desde abajo y desde arriba"; 2) la participación en el gobierno provisional revolucionario es una traición a la clase obrera. Estos dos principios de la nueva *Iskra* son principios anarquistas. El curso real de la lucha por la República en España demostró precisamente todo lo absurdo y reaccionario de ambos principios.

Engels lo hace ver así en los distintos episodios de la revolución española. Por ejemplo, estalla la revolución en Alcoy, que era una ciudad fabril de reciente creación, con una población de 30.000 habitantes. La insurrección de los obreros vence, a pesar de que la dirigen los bakuninistas, que por principio rehuyen la idea de organizar la revolución. Pasadas las cosas, los bakuninistas se alabaron de que habían quedado "dueños de la situación". Veamos qué hicieron de su "situación" los tales "dueños", dice Engels. Lo primero de todo formaron en Alcoy un "Comité de Salud Pública", es decir, un gobierno revolucionario. Y eso lo hacían los aliancistas (bakuninistas), los mismos que en su Congreso del 15 de septiembre de 1872, sólo diez meses antes de la revolución, habían acordado: "toda organización de un poder político, del poder llamado provisional o revolucionario, no puede ser más que un nuevo engaño y resultaría tan peligrosa para el proletariado como todos los gobiernos que existen actualmente". En vez de refutar estas frases anarquistas, Engels se limitó a la observación sarcástica de que precisamente los partidarios de la resolución hubieron de "formar parte de ese Gobierno Provisional revolucionario" de Alcoy. Engels censura a estos señores, con el desprecio que se merecen, el que, al verse en el poder, demostraran "la más completa confusión, la más completa inactividad, la más completa ineptitud". Con ese mismo desprecio hubiera respondido Engels a las acusaciones de "jacobinismo", a las que tan aficionados son los girondinos de la socialdemocracia[9]. Según él hace ver, en algunas otras ciudades, por ejemplo, en Sanlúcar de Barrameda (puerto de 26.000 habitantes, cerca de Cádiz), "los aliancistas, en contra de sus principios anarquistas, instituyeron un gobierno revolucionario", reprochándoles que "no supieron por dónde empezar a servirse de su poder". Engels, muy al corriente de que los jefes bakuninistas de los obreros habían figurado en los gobiernos provisionales *junto a los intransigentes*, es decir, junto a los republicanos representantes de la pequeña burguesía, no reprocha a los bakuninistas su participación en el gobierno (como correspondería según los "principios" de la nueva *Iskra*), sino *la falta de organización, la falta de energía en la participación*, el haberse subordinado a la dirección de los señores republicanos burgueses. El demoledor sarcasmo con que Engels habría colmado a las gentes que en una época de revolución quitan importancia a la dirección "técnica" y militar, nos lo indican, entre otras cosas, sus reproches a los jefes bakuninistas de los obreros en el sentido de que, habiendo entrado en el gobierno revolucionario, dejaron la "dirección política *y militar*" a los señores republicanos burgueses, mientras ellos se dedicaban a alimentar a los obreros

con tópicos brillantes y con proyectos de reformas "sociales" que sólo existían sobre el papel.

Como auténtico jacobino de la socialdemocracia, Engels no sólo sabía calibrar la importancia de la acción desde arriba, no sólo admitía plenamente la participación en el gobierno revolucionario junto a la burguesía republicana, sino que *reclamaba* esta participación y la enérgica iniciativa militar del poder revolucionario. Además, se consideraba obligado a dar consejos *militares* acerca de la dirección *práctica*.

"No obstante –dice-, esta insurrección, aunque iniciada de un modo descabellado, tenía aún grandes perspectivas de éxito *si se la hubiera dirigido con un poco de inteligencia*[10], aunque hubiese sido al modo de pronunciamientos militares españoles, en que la guarnición de una plaza se subleva, va sobre la plaza más cercana, arrastra consigo a su guarnición, preparada de antemano, y, creciendo como un alud, los insurrectos avanzan sobre la capital, hasta que una batalla afortunada o el paso a su campo de las tropas enviadas contra ellos decida el triunfo. Tal método era especialmente adecuado en esta ocasión. Los insurrectos se hallaban organizados en todas partes desde hacía tiempo en batallones de voluntarios, cuya disciplina era, a decir verdad, pésima, pero no peor, seguramente, que la de los restos del antiguo ejército español, descompuesto en su mayor parte. La única fuerza de confianza de que disponía era la Guardia Civil, y ésta se hallaba desperdigada por todo el país. Ante todo había que impedir la concentración de los guardias civiles y, para ello, no existía más recurso que tomar la ofensiva y aventurarse a campo abierto. La cosa no era muy arriesgada, pues el gobierno sólo podía oponer a los voluntarios tropas tan indisciplinadas como ellos mismos. Y, si se quería vencer, no había otro camino".

¡Así es como razonaba un fundador del socialismo científico cuando tuvo ocasión de tratar de las tareas de la insurrección y de la lucha directa en una época de estallido revolucionario! A pesar de que la insurrección la iniciaron los republicanos pequeñoburgueses; a pesar de que para el proletariado no se planteaba el problema ni de la revolución socialista ni de la libertad política imprescindible y elemental, Engels tuvo palabras apasionadas de gran alabanza para la activísima participación de los obreros en la lucha por la República, exigiendo de los jefes del proletariado que subordinasen toda su actuación a los imperativos de la victoria en la lucha iniciada; Engels, personalmente, como uno de los jefes del proletariado, se ocupó incluso de los detalles de la organización militar, sin desdeñar, puesto que eran necesarios para el triunfo, ni los caducos modos de lucha de los pronunciamientos militares y poniendo en el vértice de todo la ofensiva y la centralización de las fuerzas revolucionarias. Sus reproches más amargos son para los bakuninistas, por haber elevado a la categoría de principio "lo que en la guerra campesina alemana[11] y en las insurrecciones alemanas de mayo de 1849 había sido un mal inevitable: *la atomización y el aislamiento de las fuerzas revolucionarias*, que permitió a unas y las mismas tropas del gobierno ir aplastando un alzamiento tras otro". Las ideas de Engels sobre la dirección de la insurrección, sobre la organización de la revolución, sobre la utilización del poder revolucionario, se diferencian como el cielo de la tierra de las ideas seguidistas que sustenta la nueva *Iskra*.

Haciendo un balance de las enseñanzas de la revolución española, Engels señala ante todo que "en cuanto se enfrentaron con una situación revolucionaria seria, los bakuninistas se vieron obligados a echar por la borda todo el programa que hasta

entonces habían mantenido". Concretamente: en primer lugar, hubo que echar por la borda el principio del apoliticismo, de la abstención en las elecciones, el principio de la "abolición del Estado". En segundo lugar, "abandonaron su principio de que los obreros no debían participar en ninguna revolución que no persiguiese la inmediata y completa emancipación del proletariado, y participaron en un movimiento cuyo carácter puramente burgués era evidente". En tercer lugar –y esta conclusión da respuesta precisamente al problema objeto de nuestra polémica- "pisotearon el principio que acababan de proclamar ellos mismos, principio según el cual la instauración de un gobierno revolucionario no es más que un nuevo engaño y una nueva traición a la clase obrera, instalándose cómodamente en las juntas gubernamentales de las distintas ciudades, y además casi siempre como una minoría impotente, neutralizada y políticamente explotada por los burgueses". Con su incapacidad para dirigir la insurrección, al dispersar las fuerzas revolucionarias en lugar de centralizarlas, al ceder la dirección de la revolución a los señores burgueses, al disolver la sólida y fuerte organización de la Internacional, "los bakuninistas españoles nos han dado un ejemplo insuperable de cómo *no* debe hacerse una revolución".

***

Resumiendo lo anterior, llegamos a las siguientes conclusiones:

1. Reducir por principio la acción revolucionaria a la presión desde abajo y renunciar a la presión desde arriba también es *anarquismo*.
2. Quien no comprenda las nuevas tareas en una época de revolución, las tareas de la acción desde arriba, quien no sepa determinar las condiciones y el programa de tal acción, no tiene idea de las tareas del proletariado en cualquier revolución democrática.
3. El principio de que la socialdemocracia no debe participar con la burguesía en un gobierno provisional revolucionario, que toda participación de esa índole es una traición a la clase obrera, es un principio del *anarquismo*.
4. Toda "situación revolucionaria seria" plantea ante el partido del proletariado la tarea de la *realización* consciente de la revolución, de la organización de la revolución, de la centralización de todas las fuerzas revolucionarias, de la arrojada ofensiva militar, de la más enérgica utilización del poder revolucionario.
5. Marx y Engels no habrían podido aprobar ni habrían aprobado jamás la táctica de la nueva *Iskra* en el actual momento revolucionario, pues no es sino una repetición de todos los errores antes enunciados. Marx y Engels hubieran dicho que la posición de principios de la nueva *Iskra* significaba contemplar la espalda del proletariado y repetir las equivocaciones anarquistas.

T. 10, págs. 241-250

Publicado en los números 2 y 3 del periódico Proletari, el 3 y 9 de junio (21 y 27 de mayo) de 1905.

Socialismo y anarquismo

El Comité Ejecutivo del soviet de diputados obreros acordó ayer, 23 de noviembre, rechazar la petición de los anarquistas de que fueran admitidos representantes suyos en el Comité Ejecutivo y en el Soviet de diputados obreros. Los motivos de este acuerdo han sido expuestos por el propio Comité Ejecutivo del siguiente modo: "1) en toda la práctica internacional, en los congresos y conferencias socialistas no hay representantes de los anarquistas, ya que no reconocen la lucha política como medio de conseguir sus ideales; 2) puede haber representación de un partido, pero los anarquistas no son un partido".

Consideramos que el acuerdo del Comité Ejecutivo es un paso justo en grado sumo, de magna importancia en el aspecto de los principios y de la actividad política práctica. Naturalmente, si se considerara al Soviet de diputados obreros como un parlamento de obreros o como un órgano de autogestión del proletariado, la negativa a admitir a los anarquistas sería una equivocación. Por pequeña que sea (afortunadamente) la influencia de los anarquistas en nuestros medios obreros, cierto número de obreros está, sin duda, a su lado. El que los anarquistas constituyan un partido, o una organización, o un grupo, o una unión libre de correligionarios es una cuestión formal que no tiene gran importancia de principios. Por último, si los anarquistas, que niegan la lucha política, solicitan ellos mismos la entrada en una organización que sostiene esa lucha, tan escandalosa inconsecuencia muestra una vez más, claro está, toda la inconsistencia de las concepciones y de la táctica de los anarquistas. Pero, como es natural, no se puede expulsar de un "parlamento" o de un "órgano de autogestión" por falta de inconsistencia.

Nos parece que el acuerdo del Comité Ejecutivo es completamente justo y no está en la menor pugna con las tareas de esta institución, su carácter y su composición. El Soviet de diputados obreros no es un parlamento obrero ni un órgano de autogestión proletaria; no es, en general, un órgano de autogestión, sino una organización de combate para lograr fines concretos.

De esta organización de combate forman parte, basándose en un acuerdo temporal y no formalizado de lucha, representantes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (partido del socialismo proletario), del partido de los "socialistas revolucionarios"[12] (representantes del socialismo pequeñoburgués, o extrema izquierda de la democracia burguesa revolucionaria) y, finalmente, numerosos obreros "sin partido". Estos últimos, sin embargo, no son en general "sin partido", sino sólo revolucionarios no adheridos a ningún partido, pues sus simpatías están por entero con la revolución, por cuya victoria luchan con entusiasmo, energía y abnegación ilimitadas. Por eso será completamente natural incluir también en el Comité Ejecutivo a representantes del campesinado revolucionario.

En el fondo, el Soviet de diputados obreros es una amplia alianza de combate, no formalizada, de socialistas y demócratas revolucionarios; aunque, como es lógico, el "revolucionarismo sin partido" encubre toda una serie de grados de transición entre unos y otros. Es evidente la necesidad de semejante alianza para sostener huelgas políticas y otras formas más activas de lucha por las reivindicaciones democráticas vitales, que reconoce y aprueba la mayoría gigantesca de la población. En esa alianza los anarquistas no serán un factor positivo, sino negativo; llevarán a ella solamente la

desorganización, con lo cual debilitarán la fuerza del embate general; todavía "podrán discutir" acerca de la urgencia e importancia de las transformaciones políticas. La exclusión de los anarquistas de una alianza de combate que realiza, digámoslo así, nuestra revolución democrática, es absolutamente indispensable también desde el punto de vista de los intereses de esta revolución. En la alianza de combate hay lugar únicamente para quienes luchan por el objetivo de esta alianza. Y si, por ejemplo, los "demócratas constitucionalistas" o el "Partido del Orden Jurídico"[13] reclutaran incluso a varios centenares de obreros para sus organizaciones de San Petersburgo, no es probable que el Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros abriera sus puertas a los representantes de tales organizaciones.

Al explicar su decisión, el Comité Ejecutivo se remite a la práctica de los congresos socialistas internacionales. Aplaudimos calurosamente esta declaración, este reconocimiento de la dirección ideológica de la socialdemocracia internacional por el órgano del Soviet de diputados obreros de San Petersburgo. La revolución rusa ha adquirido ya significación internacional. Los enemigos de la revolución en Rusia traman ya conspiraciones con Guillermo II, con todos los oscurantistas, verdugos, espadones y explotadores de Europa contra la Rusia libre. No olvidemos tampoco que la victoria completa de nuestra revolución requiere la alianza del proletariado revolucionario de Rusia con los obreros socialistas de todos los países.

Los congresos socialistas internacionales no acordaron en vano cerrar sus puertas a los anarquistas. Entre el socialismo y el anarquismo media todo un abismo que en vano intentan declarar inexistente los agentes provocadores de la policía secreta o los lacayos periodísticos de los gobiernos reaccionarios. La concepción del mundo de los anarquistas es la concepción burguesa vuelta del revés. Sus teorías individualistas y su ideal individualista están en oposición diametral con el socialismo. Sus opiniones no expresan el futuro del régimen burgués, que marcha con fuerza incontenible hacia la socialización del trabajo, sino el presente e incluso el pasado de ese régimen, el dominio de la ciega casualidad sobre el pequeño productor aislado y solitario. Su táctica, que se reduce a negar la lucha poítica, desune a los proletarios y los transforma de hecho en participantes pasivos de una u otra política burguesa, pues para los obreros es imposible e irrealizable apartarse de verdad de la política.

En la actual revolución en Rusia se destaca a primer plano de manera imperiosa en extremo la tarea de cohesionar las fuerzas del proletariado, de organizarlo, de instruir y educar políticamente a la clase obrera. Cuantas más atrocidades cometa el gobierno ultrarreaccionario, cuanto más celo pongan sus agentes provocadores para atizar las malas pasiones de las masas ignorantes, cuanto más desesperadamente se aferren los defensores de la autocracia, podrida en vida, a los intentos de desacreditar la revolución, organizando asaltos, pogromos y asesinatos por la espalda y emborrachando a los descamisados; cuantas más cosas de éstas ocurran, tanta más importancia tendrá la tarea de organizar, que recae en primer término sobre el partido del proletariado socialista. Y por eso emplearemos todos los medios de lucha ideológica para que la influencia de los anarquistas en los obreros rusos siga siendo tan insignificante como hasta ahora.

T. 12, págs. 129-132

Escrito el 24 de noviembre (7 de diciembre) de 1905.
Publicado el 25 de noviembre de 1905 en el nº21 del periódico "Nóvaya Zhizn".

Las divergencias en el movimiento obrero europeo

Las divergencias tácticas fundamentales que se manifiestan en el movimiento obrero de nuestros días en Europa y en América se reducen a la lucha contra dos importantes corrientes que se desvían del marxismo, el cual es hoy, en la práctica, la teoría dominante en dicho movimiento. Estas dos corrientes son: el revisionismo (oportunismo, reformismo) y el anarquismo (el anarcosindicalismo, anarcosocialismo). Ambas desviaciones de la teoría y de la táctica marxistas, teoría y táctica dominantes en el movimiento obrero, se registran con diversas formas y distintos matices en todos los países civilizados a lo largo de la historia de más de medio siglo del movimiento obrero de masas.

Este solo hecho evidencia ya que no es posible explicar dichas desviaciones ni como casualidades ni como equivocaciones de tales o cuales personas o grupos, ni siquiera por la influencia de las peculiaridades o tradiciones nacionales, etc. Tiene que haber causas cardinales, inherentes al régimen económico y al carácter del desarrollo de todos los países capitalistas, que originan constantemtente estas desviaciones. Un librito del marxista holandés Antonio Pannekoek, aparecido el año pasado con el título de *Las divergencias tácticas en el movimiento obrero (Die taktischen Differenzen in der Arbeiterbewegung*, Hamburgo, Erdmann Dubber, 1909), es un intento interesante de analizar científicamente dichas causas. En la exposición que sigue daremos a conocer al lector las conclusiones a que ha llegado Pannekoek, conclusiones que no se puede menos de reconocer atinadas por completo.

Una de las causas más profundas que originan periódicamente divergencias en la táctica es el propio hecho de que el movimiento obrero crece. Si no lo medimos con el rasero de algún ideal fantástico, si lo examinamos como un movimiento práctico de hombres corrientes, quedará claro que la incorporación de más y más "reclutas" y la inclusión de nuevos sectores de las masas trabajadoras deben ir acompañadas inexorablemente de vacilaciones en el terreno de la teoría y de la táctica, de la repetición de viejos errores, de la vuelta temporal a conceptos y métodos anticuados, etc. El movimiento obrero de cada país emplea periódicamente más o menos energía, atención y tiempo para "instruir" a los reclutas.

Además, el desarrollo del capitalismo no es igual de rápido en los diversos países y en las distintas ramas de la economía nacional. La clase obrera y sus ideólogos asimilan el marxismo con mayores facilidad, prontitud, extensión y solidez allí donde más desarrollada está la gran industria. Las relaciones económicas atrasadas o que van a la zaga en su desarrollo conducen siempre a la aparición de partidarios del movimiento obrero que asimilan sólo algunos aspectos del marxismo, sólo partes separadas de la nueva concepción del mundo o consignas y reivindicaciones sueltas, sin sentirse capaces de romper resueltamente con todas las tradiciones de la concepción burguesa en general y de la democrática burguesa en particular.

Además, el carácter dialéctico del desarrollo social, que transcurre entre contradicciones y mediante contradicciones, constituye una fuente permanente de discrepancias. El capitalismo es un factor de progreso porque destruye los viejos modos de producción y desarrolla las fuerzas productivas; pero, al llegar a cierto grado de desarrollo, frena al paso el incremento de las fuerzas productivas. El capitalismo desarrolla, organiza, disciplina a los obreros, pero también aplasta, oprime, causa la degeneración, la miseria,

etc. El propio capitalismo crea a su sepulturero, él mismo crea los elementos del nuevo régimen; pero, al propio tiempo, si no se produce un "salto", estos elementos sueltos en nada cambian el estado general de cosas, no lesionan el dominio del capital. El marxismo, como teoría del materialismo dialéctico, sabe explicar estas contradicciones de la vida real, de la historia palpitante del capitalismo y del movimiento obrero. Ahora bien, comprende de por sí que las masas aprenden de la vida, y no de los libros, por lo que algunas personas o grupos suelen exagerar y erigir siempre en teoría unilateral, en sistema táctico unilateral, tal o cual rasgo del desarrollo capitalista, tal o cual "enseñanza" derivada de este desarrollo.

Los ideólogos, los liberales y los demócratas burgueses que no comprenden el marxismo ni el movimiento obrero moderno, pasan constantemente de un extremo de impotencia a otro. Tan pronto pretenden explicarlo todo, diciendo que gentes malvadas "azuzan" a una clase contra otra, como se consuelan creyendo que el partido obrero es "un partido pacífico de reformas". Deben tenerse por producto directo de esta concepción burguesa y de su influencia el anarcosindicalismo y el reformismo, que se aferran a *un solo* aspecto del movimiento obrero y erigen esa unilateralidad en teoría, declarando incompatibles las tendencias o rasgos del movimiento obrero que constituyen la peculiaridad específica de tal o cual período, de tales o cuáles condiciones de actuación de la clase obrera. Pero la vida real, la historia real *implica* estas tendencias diversas de manera similar a como la vida y el desarrollo de la naturaleza implican la evolución lenta y los saltos rápidos, las interrupciones del movimiento paulatino.

Los revisionistas creen que todos los razonamientos en torno a los "saltos" y al antagonismo de principio entre el movimiento obrero y toda la vieja sociedad son meras palabras. Creen que las reformas son una plasmación parcial de socialismo. El anarcosindicalista rechaza la "labor menuda", sobre todo la utilización de la tribuna parlamentaria. En la práctica, esta última táctica se reduce a esperar "días grandes", y eso se hace sin saber reunir al paso las fuerzas creadoras de los grandes acontecimientos. Unos y otros frenan la obra principal, la más apremiante: la de agrupar a los obreros en organizaciones nutridas y robustas que funcionen bien y sepan funcionar bien en *cualesquiera* circunstancias, en organizaciones rebosantes de espíritu de lucha de clase que tengan una visión clara de sus objetivos y estén educadas en la verdadera concepción marxista del mundo.

Aquí nos permitiremos una pequeña digresión y diremos entre paréntesis, a fin de evitar posibles malentendidos, que Pannekoek ilustra su análisis con ejemplos tomados *exclusivamente* de la historia de Europa Occidental, sobre todo de Alemania y Francia, *sin tener* en cuenta *para nada* a Rusia. Si alguna vez alude a Rusia, eso se debe sólo a que las tendencias principales que originan ciertas desviaciones de la táctica marxista se manifiestan asimismo en nuestro país, a pesar de las enormes diferencias de cultura, modo de vida y tipo histórico de economía que hay entre Rusia y Occidente.

Por último, una causa muy importante de discrepancia entre los participantes en el movimiento obrero reside en los cambios de táctica de las clases gobernantes, en general, y de la burguesía, en particular. Si la táctica de la burguesía fuera siempre similar o, al menos, homogénea, la clase obrera no tardaría en aprender a responder a ella con una táctica igual de similar u homogénea. Pero, en la práctica, la burguesía de todos los países pone en juego inexorablemente dos sistemas de gobierno, dos métodos

en lucha para defender sus intereses y su dominación, dos métodos que se alternan o entremezclan, formando distintas combinaciones. Se trata, en primer término, del método de la violencia, método que niega toda concesión al movimiento obrero, método que apoya todas las instituciones viejas y caducas, método que rechaza de plano las reformas. Este es el fondo de la política conservadora que, en Europa Occidental, deja de ser cada día más la política de las clases terratenientes para convertirse en una variedad de la política burguesa en general. El otro método es el del "liberalismo", el de dar pasos hacia el desarrollo de los derechos políticos, hacia las reformas, las concesiones, etc.

Cuando la burguesía pasa de un método a otro no lo hace obedeciendo a alevosas intenciones de algunos individuos, ni tampoco por mera casualidad, sino en virtud del carácter profundamente contradictorio de su propia situación. Una sociedad capitalista normal no puede desarrollarse con buen éxito sin un régimen representativo consolidado; si la población, que no puede menos de distinguirse por sus demandas "culturales" relativamente altas, no goza de ciertos derechos políticos. Estas demandas de poseer un nivel cultural mínimo son debidas a las condiciones del propio modo de producción capitalista, con su técnica elevada, su complejidad, flexibilidad, movilidad, rapidez en el desarrollo de la competencia mundial, etc. Los cambios de táctica de la burguesía y el paso de ésta del método de la violencia al de las supuestas concesiones son, por lo mismo, consustanciales de los últimos cincuenta años de historia de todos los países europeos, con la particularidad de que, en determinados períodos, unos países prefieren un método y otros otro. Por ejemplo, Inglaterra era en los años 60 y 70 del siglo XIX el país clásico de la política burguesa "liberal". Alemania, en las décadas del 70 y el 80, aplicaba el método de la violencia, etc.

Cuando en Alemania imperaba el método de la violencia, la repercusión unilateral de este sistema de gobierno burgués fue un incremento del anarcosindicalismo, o como lo llamaban entonces, del anarquismo en el movimiento obrero ("los jóvenes" al principio de la década del 90[14], Johann Most a comienzos de la del 80). Cuando en 1890 se produjo el viraje hacia las "concesiones", éste resultó ser, como siempre, más peligroso aún para el movimiento obrero, originando una repercusión igualmente unilateral del "reformismo" burgués: el oportunismo en el movimiento obrero. "La finalidad positiva, real, de la política liberal de la burguesía –dice Pannekoek- es desorientar a los obreros, sembrar la escisión en sus filas, transformar su política en un apéndice impotente de la política de supuestas reformas, política siempre impotente y efímera".

La burguesía logra a menudo sus objetivos para cierto tiempo mediante una política "liberal" que, como indica con razón Pannekoek, es una política "más astuta". Parte de los obreros y de sus representantes se deja engañar a veces por las aparentes concesiones. Los revisionistas declaran "anticuada" la doctrina de la lucha de las clases o comienzan a aplicar una política que, de hecho, significa una renuncia a la lucha de clase. Los zigzags de la táctica burguesa dan lugar a que se afiance el revisionismo en el movimiento obrero y hacen a menudo que las discrepancias en su seno se transformen en escisión manifiesta.

Todas las causas de ese género promueven divergencias de táctica en el movimiento obrero, en el medio proletario. Pero entre el proletariado y los sectores de la pequeña burguesía próximos a él, incluido el campesinado, no hay ni puede haber ninguna muralla china. Se entiende que el paso de algunos individuos, grupos y sectores de la

pequeña burguesía a las filas del proletariado no puede menos de originar, por su parte, cambios en la táctica de éste.

La experiencia del movimiento obrero de los diversos países ayuda a comprender, con ejemplos concretos de la práctica, el fondo de la táctica marxista, contribuyendo a que otros países más jóvenes sepan distinguir con mayor claridad la verdadera significación clasista de las desviaciones del marxismo y puedan combatirlas con mayor éxito.

T. 20, págs 62-69

Publicado el 16 de diciembre de 1910 en el nº1 de "Zviezdá".

La Internacional de la juventud

(nota)

Con este título se publica en Suiza, desde el 1 de septiembre de 1915, en idioma alemán, un "órgano de combate y propaganda de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud". En total han salido ya seis números de esta publicación que es preciso destacar en general y, además, recomendar con insistencia a todos los miembros de nuestro partido que tienen la posibilidad de ponerse en contacto con los partidos socialdemócratas extranjeros y con organizaciones juveniles.

La mayoría de los partidos socialdemócratas oficiales de Europa adoptan ahora la posición del socialchovinismo y del oportunismo más bajo y más ruin. Tales son los partidos alemán, francés, fabiano y "laborista" ingleses[15], sueco, holandés (partido de Troelstra), danés, austríaco, etc. En el partido suizo, a pesar de la segregación (para gran beneficio del movimiento obrero) de los extremos oportunistas que formaron al margen del partido la "Grütli-Union"[16], quedan dentro del Partido Socialdemócrata numerosos dirigentes oportunistas, socialchovinistas y de opiniones kautskianas, cuya influencia en los asuntos del partido *es enorme*.

Con este estado de cosas en Europa, a la Unión de organizaciones Socialistas de la Juventud le corresponde una tarea inmensa, noble y difícil: luchar *por* el internacionalismo revolucionario, *por* el auténtico socialismo, contra el oportunismo reinante, que se ha colocado de parte de la burguesía imperialista. En *La Internacional de la Juventud* se han publicado una serie de buenos artículos en defensa del internacionalismo revolucionario, y todos sus números están impregnados de un excelente espíritu de odio ardiente a los traidores al socialismo que "defienden la patria" en la presente guerra, de una aspiración sincera a depurar el movimiento obrero internacional del chovinismo y del oportunismo que lo corroen.

Se sobreentiende que *aún* no hay claridad teórica ni firmeza en el órgano juvenil y quizá nunca las haya, precisamente porque es un órgano de la juventud impetuosa, apasionada, indagadora. Pero frente a al falta de claridad teórica de *tales* personas hay que asumir una actitud del todo distinta de la que adoptamos y debemos adoptar frente al embrollo teórico existente en las mentes y a la ausencia de consecuencia revolucionaria en los corazones de los CO[17], "socialistas-revolucionarios", tolstoianos[18], anarquistas, kautskianos paneuropeos ("centro"), etc. Una cosa son los adultos que confunden al proletariado, que pretenden guiar y enseñar a los demás; contra ellos hay que luchar *despiadadamente*. Otra cosa son las organizaciones de la *juventud*, que declaran en forma abierta que aún están aprendiendo, que su tarea fundamental es preparar cuadros de los partidos socialistas. A esta gente hay que ayudarla por todos los medios, encarando con la mayor paciencia sus errores, tratando de corregirlos poco a poco, sobre todo con la *persuasión* y no con la lucha. No pocas veces sucede que los representantes de las generaciones maduras y viejas *no saben* tratar debidamente a la juventud que, necesariamente, tiene que aproximarse al socialismo *de una manera distinta*, no *por el mismo* camino, *ni en la misma forma*, *ni en las mismas* circunstancias en que lo han hecho sus padres. Por lo tanto, entre otras cosas, debemos estar incondicionalmente *a favor de la independencia orgánica* de la unión juvenil, *y no sólo* porque los oportunistas temen esa independencia, sino por la esencia misma del asunto.

Porque sin una independencia absoluta, la juventud *no podrá* formar de sí misma buenos socialistas ni prepararse para llevar el socialismo *adelante*.

¡Por la independencia plena de las uniones juveniles, pero también por la plena libertad de crítica fraternal de sus errores! No debemos adular a la juventud.

Entre los errores del excelente órgano mencionado por nosotros, figuran, en primer lugar, los tres siguientes:

1).- Sobre la cuestión del desarme (o la "desmilitarización") se ha adoptado una posición incorrecta, que criticamos más arriba en el artículo aparte. Hay motivos para creer que el error ha sido provocado por el excelente propósito de subrayar la necesidad de aspirar a una "total exterminación del militarismo" (lo cual es muy justo), olvidándose del papel que desempeñan las guerras civiles en una revolución socialista.

2).- Sobre la cuestión de la diferencia entre socialistas y anarquistas en su actitud frente al Estado se ha cometido un error muy grave en el artículo del camarada Nota Bene (nº6) (así como sobre algunas otras cuestiones: por ejemplo, la *argumentación* de nuestra lucha contra la consigna de "defensa de la patria"). El autor quiere dar una "idea clara acerca del Estado en general" (junto con la idea de un Estado imperialista de bandidos). Cita algunas declaraciones de Marx y Engels. Llega, entre otras, a las dos conclusiones siguientes:

a) "… Es completamente erróneo buscar la diferencia entre socialistas y anarquistas en el hecho de que los primeros sean partidarios y los segundos adversarios del Estado. En realidad, la diferencia consiste en que la socialdemocracia revolucionaria quiere organizar una nueva producción social, centralizada, es decir, técnicamente más progresista, mientras que la producción anárquica descentralizada tan sólo implicaría un paso atrás hacia la vieja técnica, hacia la vieja forma de empresa". Esto no es justo. El autor pregunta cuál es la diferencia de actitud entre socialistas y anarquistas *frente al Estado*, pero *no* contesta a *esta* pregunta, sino a *otra* referente a la actitud de ellos frente a la base económica de la sociedad futura. Es un problema muy importante y necesario, por cierto. Pero ello no implica que se pueda olvidar *lo principal* en las diferentes actitudes de socialistas y anarquistas ante el Estado. Los socialistas defienden la utilización del Estado contemporáneo y de sus instituciones en la lucha por la liberación de la clase obrera, y también la necesidad de servirse del Estado para realizar una forma singular de transición del capitalismo al socialismo. Esta forma transitoria es la dictadura del proletariado, que *también* es un Estado.

Los anarquistas quieren "suprimir" el Estado, "hacerlo volar" ("sprengen"), como expresa en un pasaje el camarada Nota Bene, atribuyendo equivocadamente ese punto de vista a los socialistas. Los socialistas –el autor cita en una forma muy incompleta, por desgracia, las palabras de Engels alusivas- reconocen la "extinción", el "adormecimiento" gradual del Estado *después* de la expropiación de la burguesía.

b) "La socialdemocracia, que es, o por lo menos debe ser, la educadora de las masas, más que nunca debe destacar ahora su hostilidad de principios hacia el Estado… La guerra actual ha demostrado cuán profundamente han penetrado en el alma de los obreros las raíces de la institucionalidad". Así escribe el camarada Nota Bene. Para "destacar" la "hostilidad de principios" hacia el Estado hay que comprenderla realmente

"con claridad", y el autor carece de ella. En cuanto a la frase relativa a las "raíces de la institucionalidad", es del todo confusa: ni marxista ni socialista. No es la "institucionalidad" la que ha chocado con la negación del Estado, sino la política oportunista (es decir, una actitud oportunista, reformista, burguesa, frente al Estado) ha chocado con la política socialdemócrata revolucionaria (es decir, con una actitud socialdemócrata revolucionaria frente al Estado burgués y frente a la posibilidad de utilizarlo contra la burguesía para su derrocamiento). Son cosas total, enteramente distintas. Esperamos poder volver a esta cuestión tan importante en un artículo especial.

3).- En la "declaración de principio de la Unión Internacional de Organizaciones Socialistas de la Juventud", publicada en el número 6 como "proyecto del Secretariado", no son pocas las inexactitudes y falta por completo *lo principal*: una confrontación clara de las *tres* tendencias radicales (socialchovinismo; "centro"; izquierda) que hoy luchan en el socialismo de todo el mundo.

Repito: estos errores deben ser refutados y esclarecidos, buscando establecer, sin escatimar esfuerzos, un contacto y un acercamiento con las organizaciones juveniles, ayudándolas por todos los medios posibles; pero hay que *saber* abordarlas.

T. 30, págs 225-229

Publicado en diciembre de 1916 en el nº2 de Sbórnik "Sotsial-Demokrata".

La polémica con los anarquistas

Esta polémica se remonta a 1873. Marx y Engels escribieron para un almanaque socialista italiano unos artículos contra los proudhonianos, "autonomistas" o "antiautoritarios", artículos que sólo en 1913 vieron la luz, en alemán, en la revista *Neue Zeit*[19].

> "… Si la lucha política de la clase obrera –escribió Marx, ridiculizando a los anarquistas y su negación de la política- asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de leso principio, porque, para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo…" *Neue Zeit*, 1913-1914, año 32, t. 1 pág 40)

¡He ahí contra qué "abolición" del Estado se manifestaba exclusivamente Marx al refutar a los anarquistas! No en modo alguno contra el hecho de que el Estado desaparezca al desaparecer las clases o sea suprimido al suprimirse éstas, sino contra el hecho de que los obreros renuncien al empleo de las armas, a la violencia organizada, *es decir, al Estado*, que debe servir "para vencer la resistencia de la burguesía".

Marx subraya adrede –para que no se tergiverse el verdadero sentido de su lucha contra el anarquismo- la "forma revolucionaria *y transitoria*" del Estado que el proletariado necesita. El proletariado necesita del Estado sólo temporalmente. No discrepamos, ni mucho menos, de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado como *objetivo*. Lo que sí afirmamos es que, para lograr ese objetivo, es necesario usar temporalmente los instrumentos, los medios y los métodos del poder estatal *contra* los explotadores, de la misma manera que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. Marx elige contra los anarquistas el planteamiento más tajante y más claro del problema: al derrocar el yugo de los capitalistas, ¿deberán los obreros "deponer las armas" o emplearlas contra los capitalistas para vencer su resistencia? Y el empleo sistemático de las armas por una clase contra otra clase, ¿qué es sino "una forma transitoria" de Estado?

Que cada socialdemócrata se pregunte si es así como ha planteado él la cuestión del Estado en su polémica con los anarquistas, si es *así* como la han planteado la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales de la II Internacional.

Engels expone estas mismas ideas de un modo todavía más detallado y popular, ridiculizando, en primer término, el embrollo ideológico de los proudhonianos, quienes se llamaban "antiautoritarios"; es decir, negaban toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tomad una fábrica, un ferrocarril o un barco en alta mar, dice Engels: ¿no es evidente, acaso, que sin cierta subordinación y, por lo tanto, sin cierta autoridad o poder, será imposible el funcionamiento de ninguna de estas complejas empresas

técnicas, basadas en el uso de máquinas y en la operación de muchas personas con arreglo a un plan?

> "… Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios –escribe Engels- no han sabido responderme más que esto: "¡Ah!, eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, *sino ¡de un encargo!*" Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre…"

Después de demostrar así que autoridad y autonomía son conceptos relativos, que su esfera de actividad cambia con las distintas fases del desarrollo social y que es absurdo aceptarlos como algo absoluto, y añadiendo que el campo de aplicación de las máquinas y de la gran industria se ensancha cada vez más, Engels pasa de las consideraciones generales acerca de la autoridad al problema del Estado.

> "… Si los autonomistas –prosigue- se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra."
>
> "¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad"
>
> "¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay, y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella? Así pues, una de

> dos, o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan al movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción" (pág. 39).

En este pasaje se abordan cuestiones que deben ser examinadas en conexión con la correlación entre la política y la economía durante la extinción del Estado (tema al que consagramos el capítulo siguiente). Dos de esas cuestiones son la transformación de las funciones públicas, que dejan de ser políticas para convertirse en simplemente administrativas, y el "Estado político". Esta última expresión, tan capaz de suscitar equívocos, alude al proceso de extinción del Estado: el Estado moribundo, al llegar a una cierta fase de su extinción, puede calificarse de Estado no político.

En este pasaje de Engels, la parte más notable es, una vez más, su razonamiento contra los anarquistas. Los socialdemócratas que pretenden ser discípulos de Engels han polemizado millones de veces con los anarquistas desde 1873, pero *n o* exactamente como pueden y deben hacerlo los marxistas. El concepto anarquista de la abolición del Estado es confuso y *no revolucionario*: así planteaba la cuestión Engels. Los anarquistas no quieren ver precisamente la revolución en su nacimiento y desarrollo, en sus tareas específicas respecto a la violencia, la autoridad, el poder y el Estado.

La crítica corriente del anarquismo por los socialdemócratas de nuestros días ha degenerado en la más pura vulgaridad pequeñoburguesa: "¡Nosotros reconocemos el Estado; los anarquistas no!" Por supuesto, semejante vulgaridad no puede por menos de repugnar a los obreros, por poco reflexivos y revolucionarios que sean. Engels dice otra cosa: recalca que todos los socialistas reconocen la desaparición del Estado como resultado de la revolución socialista. Luego plantea de manera concreta el problema de la revolución, justamente el problema que los socialdemócratas suelen soslayar a causa de su oportunismo, cediendo, por decirlo así, la exclusiva de su "estudio" a los anarquistas. Y al plantear este problema, Engels agarra el toro por los cuernos: ¿No hubiera debido la Comuna emplear *más* el poder *revolucionario del Estado*, es decir, del proletariado armado organizado como clase dominante?

De ordinario, la socialdemocracia oficial imperante eludía el problema de las tareas concretas del proletariado en la revolución, bien con simples burlas de filisteo, bien, en el mejor de los casos, con la frase sofística y evasiva de "¡Ya veremos!". Y así se concedía a los anarquistas el derecho de decir que esta socialdemocracia incumplía su tarea de dar una educación revolucionaria a los obreros. Engels aprovecha la experiencia de la última revolución proletaria precisamente para estudiar del modo más concreto qué debe hacer el proletariado, y cómo, en lo que atañe a los bancos y al Estado.

La polémica de Kautsky con Pannekoek

Pannekoek se manifestó contra Kautsky como uno de los representantes de la tendencia "radical de izquierda", que agrupaba en sus filas a Rosa Luxemburgo, Carlos Radek y otros y que, defendiendo la táctica revolucionaria, estaba unida por la convicción de que Kautsky se pasaba a la posición del "centro", el cual, dando de lado los principios, vacilaba entre el marxismo y el oportunismo. Que esta apreciación era acertada vino a demostrarlo por entero la guerra, cuando la corriente del "centro" (erróneamente denominada marxista) o del "kautskismo" se reveló en toda su repugnante mezquindad.

En el artículo *Las acciones de masas y la revolución* (*Neue Zeit*, 1912, XXX, 2), en el que se tocaba el problema del Estado, Pannekoek calificó la posición de Kautsky de "radicalismo pasivo", de "teoría de la espera inactiva". "Kautsky no quiere ver el proceso de la revolución" (pág. 616). Al plantear la cuestión en estos términos, Pannekoek abordó el tema que nos interesa aquí: las tareas de la revolución proletaria respecto al Estado.

> "La lucha del proletariado –escribió- no es simplemente una lucha contra la burguesía *por* el poder del Estado, sino una lucha *contra* el poder del Estado… El contenido de la revolución proletaria es la destrucción y sustitución) literalmente: disolución, *Auflösung*) de los medios de fuerza del Estado por los medios de fuerza del proletariado… La lucha cesa únicamente cuando se produce, como resultado final, la destrucción completa de la organización estatal. La organización de la mayoría demuestra su superioridad al destruir la organización de la minoría dominante" (pág. 548).

La manera en que formula sus pensamientos Pannekoek adolece de defectos muy grandes. Pero, a pesar de todo, la idea está clara, y es interesante ver *cómo* la refutaba Kautsky.

> "Hasta ahora –escribe- la oposición entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder del Estado, y los segundos, destruirlo. Pannekoek quiere las dos cosas" (pág. 724).

Si la exposición de Pannekoek adolece de vaguedad y no es lo bastante concreta (sin hablar ya de otros defectos de su artículo, no relacionados con el tema que tratamos), Kautsky toma precisamente la esencia *de principio* del asunto, esbozada por Pannekoek, y *en esta cuestión cardinal y de principio* abandona por entero la posición del marxismo y se pasa con armas y bagajes al oportunismo. Kautsky define de un modo falso por completo la diferencia existente entre los socialdemócratas y los anarquistas y tergiversa y envilece definitivamente el marxismo.

La diferencia entre los marxistas y los anarquistas consiste en lo siguiente: 1) En que los primeros, cuyo fin es la destrucción completa del Estado, reconocen que este fin sólo puede alcanzarse después de que la revolución socialista haya suprimido las clases como resultado de la instauración del socialismo, el cual conduce a la extinción del Estado; los segundos, en cambio, quieren destruir por completo el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones en que puede realizarse esta destrucción. 2) En que los primeros reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el poder político, destruya totalmente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola con otra nueva, formada por la organización de los obreros armados, según el tipo de la Comuna; los segundos propugnan la destrucción de la máquina del Estado y tienen una idea absolutamente confusa de *con qué* ha de sustituir esa máquina el proletariado y de *cómo* ejercerá éste el poder revolucionario. Los anarquistas rechazan incluso la utilización del poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria. 3) En que los primeros demandan que el proletariado se prepare para la revolución aprovechando el Estado moderno, mientras que los anarquistas lo rechazan.

En esta controversia es Pannekoek quien representa al marxismo contra Kaustky, pues precisamente Marx enseñó que el proletariado no puede limitarse a conquistar el poder del Estado en el sentido de que la vieja máquina estatal pase a nuevas manos, sino que debe destruir, romper dicha máquina y sustituirla por otra nueva.

Kautsky abandona el marxismo y se pasa a los oportunistas, pues en su concepción desaparece por completo precisamente esta destrucción de la máquina del Estado, inaceptable en absoluto para los oportunistas, a quienes deja una escapatoria a fin de que puedan interpretar la "conquista" como una simple adquisición de la mayoría.

Para encubrir su adulteración del marxismo, Kautsky procede como un dogmático: nos saca una "cita" del propio Marx. En 1850 Marx había escrito que era necesaria una "resuelta centralización del poder en manos del Estado"[20]. Y Kautsky pregunta triunfal: No querrá Pannekoek destruir el "centralismo"?

Eso es ya, sencillamente, un juego de manos, parecido a la identificación que hace Bernstein del marxismo y del proudhonismo en sus concepciones acerca del federalismo, que él opone al centralismo.

La "cita" aducida por Kautsky no viene al caso. El centralismo es posible tanto con la vieja máquina estatal como con la nueva. Si los obreros unen voluntariamente sus fuerzas armadas, eso será centralismo, pero un centralismo basado en "la destrucción completa" del aparato centralista del Estado, del ejército permanente, de la policía y de la burocracia. Kautsky se comporta como un fulero al eludir las consideraciones, perfectamente conocidas, de Marx y Engels acerca de la Comuna y desgajar una cita que no guarda ninguna relación con el asunto.

> "… ¿Quizá quiera Pannekoek abolir las funciones públicas de los funcionarios? –pregunta Kautsky-. Ni en el partido ni en los sindicatos, y no digamos en la administración pública, podemos prescindir de los funcionarios. Nuestro programa no pide que sean suprimidos los funcionarios del Estado, sino que sean

> elegidos por el pueblo… De lo que se trata no es de saber qué estructura tendrá el aparato administrativo del "Estado del porvenir", sino de saber si nuestra lucha política destruirá (literalmente: disolverá, *auflöst*) el poder estatal *antes de haberlo conquistado nosotros* (subrayado por Kautsky). ¿Qué ministerio, con sus funcionarios, podría suprimirse?". Y se enumeran los ministerios de Instrucción, de Justicia, de Hacienda y de la Guerra. "No, nuestra lucha política contra el gobierno no suprimirá ninguno de los actuales ministerios… Lo repito para evitar equívocos: no se trata de la forma que dará al "Estado del porvenir" la socialdemocracia triunfante, sino de cómo nuestra oposición modifica el Estado actual" (pág. 725).

Esto es una superchería manifiesta. Pannekoek había planteado precisamente le problema de *la revolución*. Así se dice con toda claridad en el título de su artículo y en los pasajes citados. Al saltar al tema de la "oposición", Kautsky suplanta precisamente el punto de vista revolucionario por el oportunista, y resulta lo siguiente: Ahora estamos en la oposición; *después* de la conquista del poder ya veremos. ¡*La revolución desaparece*! Que es exactamente lo que deseaban los oportunistas.

No se trata ni de la oposición ni de la lucha política en general, sino precisamente de *la revolución*. La revolución consiste en que el proletariado *d e s t r u y e* "el aparato administrativo" y *t o d o* el aparato del Estado, sustituyéndolo con otro nuevo constituido por los obreros armados. Kautsky revela una "veneración supersticiosa" por los "ministerios"; pero ¿por qué estos ministerios no pueden ser reemplazados, supongamos, por comisiones de especialistas adjuntas a los Soviets soberanos y omnipotentes de diputados obreros y soldados?

La esencia de la cuestión no radica, ni mucho menos, en si seguirán existiendo los "ministerios" o habrá "comisiones de especialistas" u otras instituciones. La esencia de la cuestión radica en saber si se conserva la vieja máquina estatal (enlazada por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta la médula de rutina e inercia) o si se la *destruye*, sustituyéndola con otra *nueva*. La revolución debe consistir no en que la nueva clase mande y gobierne con ayuda de *la vieja* máquina del Estado, sino en que *destruya* esta máquina y mande y gobierne con ayuda de otra *nueva*: Kaustky escamotea, o no ha comprendido en absoluto, esta idea *fundamental* del marxismo.

Su pregunta acerca de los funcionarios demuestra palpablemente que no ha comprendido las enseñanzas de la Comuna ni la doctrina de Marx. "Ni en el partido ni en los sindicatos podemos prescindir de los funcionarios…".

No podemos prescindir de los funcionarios *en el capitalismo*, bajo *la dominación de la burguesía*. El proletariado está oprimido, las masas trabajadoras están esclavizadas por el capitalismo. En él, la democracia es limitada, coartada, cercenada y adulterada por todo el ambiente de esclavitud asalariada, de penuria y miseria de las masas. Por eso, y sólo por eso, los funcionarios de nuestras organizaciones políticas y sindicales se corrompen (o, para ser más exactos, muestran la tendencia a corromperse) en el

ambiente del capitalismo; muestran la tendencia a convertirse en burócratas, es decir, en personas privilegiadas, divorciadas de las masas y situadas *por encima* de las masas.

En esto consiste *la esencia* del burocratismo, y mientras los capitalistas no sean expropiados, mientras la burguesía no sea derribada, será inevitable cierta "burocratización" *incluso* de los funcionarios proletarios.

Kaustky presenta las cosas así: puesto que siguen existiendo funcionarios electivos, en el socialismo seguirá habiendo funcionarios, ¡seguirá habiendo burocracia! Y ahí radica precisamente la falsedad. Justamente en el ejemplo de la Comuna, Marx mostró que, en el socialismo, quienes ocupan cargos oficiales dejan de ser "burócratas", dejan de ser "funcionarios"; dejan de serlo *a medida* que se implanta, *además* de la elegibilidad, la amovilidad en todo momento; y, *además de esto*, la sustitución de los organismos parlamentarios por "corporaciones de trabajo", es decir, "ejecutivas y legislativas al mismo tiempo"[21]

En el fondo, toda la argumentación de Kautsky contra Pannekoek –y, en particular, su estupendo argumento de que tampoco en las organizaciones sindicales y del partido podemos prescindir de los funcionarios- revelan que Kautsky repite los viejos "argumentos" de Bernstein contra el marxismo en general. En su libro de renegado *Las premisas del socialismo*, Bernstein combate las ideas de la democracia "primitiva", lo que él llama "democracia doctrinaria": mandatos imperativos, funcionarios sin sueldo, representación central impotente, etc. Como prueba de que esta democracia "primitiva" es inconsistente, Bernstein aduce la experiencia de las tradeuniones inglesas, tal y como la interpretan los esposos Webb. Según ellos, en los setenta años de existencia de las tradeuniones, que se han desarrollado "en completa libertad" (página 137 de la edición alemana), dichas organizaciones se han convencido precisamente de la inutilidad de la democracia primitiva y la han sustituido por la democracia corriente: el parlamentarismo combinado con el burocratismo.

En realidad, las tradeuniones no se han desarrollado "en completa libertad", *sino en completa esclavitud capitalista*, bajo la cual es lógico que "no pueda prescindirse" de una serie de concesiones a los males imperantes, a la violencia, a la mentira, a la exclusión de los pobres de los asuntos de la "alta" administración. En el socialismo resucitarán de manera inevitable muchas cosas de la democracia "primitiva", pues *la masa* de la población se elevará y llegará, por vez primera en la historia de las sociedades civilizadas, a intervenir *por cuenta propia* no sólo en votaciones y elecciones, *sino también en la labor diaria de administración.* En el socialismo, *t o d o s* intervendrán por turno en la dirección y se habituarán rápidamente a que nadie dirija.

Con su genial talento crítico-analítico, Marx vio en las medidas prácticas de la Comuna *el viraje* que temen y no quieren reconocer los oportunistas por cobardía, por falta de deseo de romper irrevocablemente con la burguesía, y que los anarquistas no quieren ver o por apresuramiento o por incomprensión de las condiciones en que se producen las transformaciones sociales masivas en general. "No cabe ni pensar en destruir la vieja máquina del Estado, pues ¿cómo vamos a arreglárnoslas sin ministerios y sin funcionarios?", razona el oportunista impregnado de filisteísmo hasta la médula y que, en el fondo, lejos de creer en la revolución, en la capacidad creadora de la revolución, la tema como a la muerte (igual que la temen nuestros mencheviques y eseristas).

"*Sólo* hay que pensar en destruir la vieja máquina del Estado, no hay por qué ahondar en las enseñanzas *concretas* de las anteriores revoluciones proletarias ni analizar *con qué y cómo* sustituir lo destruido", razonan los anarquistas (los mejores anarquistas, naturalmente, pero no los que van a la zaga de la burguesía tras los señores Kropotkin y Cía.). De ahí resulta que los anarquistas propugnen la táctica de *la desesperación* y no la táctica de una labor revolucionaria con objetivos concretos que sea implacable y audaz, pero que tenga en cuenta, al mismo tiempo, las condiciones prácticas del movimiento de masas.

Marx nos enseña a evitar ambos errores, nos enseña a ser audaces y abnegados en la destrucción de toda la vieja máquina del Estado, pero, a la vez, a plantear la cuestión de un modo concreto: la Comuna pudo en unas cuantas semanas *empezar* a construir una *nueva* máquina del Estado, una máquina proletaria, de tal y tal modo, aplicando las medidas señaladas para ampliar la democracia y desarraigar el burocratismo. Aprendamos de los comuneros audacia revolucionaria, veamos en sus medidas prácticas un *esbozo* de las medidas prácticamente urgentes e inmediatamente posibles, y entonces, *siguiendo este camino*, llegaremos al aniquilamiento completo del burocratismo.

La posibilidad de este aniquilamiento está garantizada por el hecho de que el socialismo reducirá la jornada de trabajo, elevará *a las masas* a una vida nueva, colocará *a la mayoría* de la población en condiciones que permitirán a *t o d o s* sin excepción ejercer las "funciones del Estado", y esto conducirá a *la extinción completa* de todo Estado en general.

> "… La tarea de la huelga de masas –prosigue Kautsky- jamás puede consistir en *destruir* el poder del Estado, sino sólo en obligar a un gobierno a ceder en un determinado punto o en sustituir un gobierno hostil al proletariado por otro dispuesto a hacerle concesiones (*entgegenkommende*)… Pero jamás ni en modo alguno puede esto" (es decir, la victoria del proletariado sobre un gobierno hostil) "conducir a *la destrucción* del poder del Estado, sino únicamente a un cierto *desplazamiento* (*Verschiebung*) en la correlación de fuerzas dentro del *poder del Estado*… Y la meta de nuestra lucha política sigue siendo la que ha sido hasta aquí: conquistar el poder del Estado ganando la mayoría en el Parlamento y hacer del Parlamento el dueño del gobierno" (págs. 726, 727, 732).

Esto es ya el más puro y más vil oportunismo, es ya renunciar de hecho a la revolución, reconociéndola de palabra. La idea de Kautsky no va más allá de "un gobierno dispuesto a hacer concesiones al proletariado". Y eso significa un paso atrás hacia el filisteísmo, en comparación con 1847, año en que el *Manifiesto Comunista* proclamaba "la organización del proletariado en clase dominante"[22]

Kaustky tendrá que realizar la "unidad", tan predilecta para él, con los Scheidemann, los Plejánov y los Vandervelde, todos los cuales están de acuerdo en luchar por un gobierno "dispuesto a hacer concesiones al proletariado".

Pero nosotros iremos a la ruptura con estos traidores al socialismo y lucharemos por la destrucción de toda la vieja máquina del Estado para que el propio proletariado armado *sea el gobierno*. Son "dos cosas muy distintas".

Kautsky tendrá que seguir en la grata compañía de los Legien y los David, los Plejánov, los Potrésov, los Tsereteli y los Chernov, que están completamente de acuerdo con luchar por "un desplazamiento en la correlación de fuerzas dentro del poder del Estado" y por "ganar la mayoría en el Parlamento y hacer del Parlamento el dueño del gobierno", nobilísimo fin en el que todo es aceptable para los oportunistas y todo permanece en el marco de la república parlamentaria burguesa.

Pero nosotros iremos a la ruptura con los oportunistas; y todo el proletariado consciente estará con nosotros en la lucha no por "un desplazamiento en la correlación de fuerzas", sino por *el derrocamiento de la burguesía, por la destrucción* del parlamentarismo burgués, por una república democrática del tipo de la Comuna o por una República de los Soviets de diputados obreros y soldados; por la dictadura revolucionaria del proletariado.

Escrito en agosto y septiembre de 1917

T.33, págs. 59-64; 111-118

Publicado en 1918, en Petrogrado, en un libro aparte por la Editorial "Zhizn y Znanie".

